

## LA UBICACION DE LA EXPERIENCIA CULTURAL<sup>1</sup>

*En la playa de interminables mundos,  
los niños juegan.*

Tagore

En este capítulo quiero desarrollar el tema que formulé en pocas palabras en ocasión del banquete organizado por la Sociedad Psicoanalítica Británica para señalar la terminación de la *Standard Edition* de las Obras de Freud (Londres, 8 de octubre de 1966). En mi intento de rendir tributo a James Strachey, dije en aquella oportunidad:

En su topografía de la mente, Freud no reservó un lugar para la experiencia de las cosas culturales. Asignó un nuevo valor a la realidad psíquica interna, y de ello nació un nuevo valor para cosas real y verdaderamente exteriores. Usó la palabra "sublimación" para indicar el camino hacia un lugar en que la experiencia cultural adquiere sentido, pero quizá no llegó tan lejos como para decirnos en qué parte de la mente se encuentra esa experiencia.

Ahora deseo ampliar esta idea y tratar de presentar una formulación positiva, que se pueda examinar con un enfoque crítico. Utilizaré mi propio lenguaje.

La cita de Tagore siempre me llamó la atención. En mi adolescencia no tenía idea de lo que quería decir, pero encontré un lugar en mí, y su huella no se ha borrado.

Cuando me convertí en un freudiano *supe* qué significaba. El

<sup>1</sup> Publicado en *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 48, Tercera Parte, 1967.

mar y la playa representaban una interminable relación sexual entre el hombre y la mujer, y el niño surgía de esa unión para tener un breve momento antes de convertirse en adulto o padre. Luego, como estudiante del simbolismo inconsciente, *supe* (uno siempre *sabe*) que el mar es la madre, y que el niño nace en la playa. Los bebés salen del mar y son arrojados a la playa, como Jonás expulsado del interior de la ballena. Por lo tanto la playa era el cuerpo de la madre, cuando el niño ha nacido y ella y el bebé ahora viable empiezan a conocerse.

Y entonces comencé a ver que de ese modo se utilizaba un concepto complicado de la relación madre-hijo, que podría existir un punto de vista infantil, no complicado, distinto del de la madre o el observador, y que quizá fuese ventajoso examinar ese punto de vista infantil. Durante mucho tiempo mi mente permaneció en un estado de desconocimiento, que cristalizó en mi formulación de los fenómenos transicionales. Entretanto experimenté con el concepto de "representaciones mentales" y con su descripción en términos de objetos y fenómenos ubicados en la realidad psíquica personal, sentida como interior; además seguí los efectos del funcionamiento de los mecanismos mentales de proyección e introyección. Me di cuenta, empero, de que *en rigor el juego no es una cuestión de realidad psíquica interna ni de realidad exterior*.

Y ahora he llegado al tema de este capítulo y a la pregunta: *si el juego no está adentro ni afuera, ¿dónde está?* Me acerqué mucho a la idea que expreso aquí, en mi trabajo "The Capacity to be Alone" (1958b) en el cual afirmaba que al principio el niño únicamente está solo en presencia de alguien. No desarrollaba la idea del terreno común en la relación entre él y los demás.

Mis pacientes (en especial cuando se muestran regresivos y dependientes en la transferencia o los sueños de transferencia) me enseñaron a encontrar la respuesta a la pregunta: *¿dónde está el juego?* Quiero condensar en una formulación teórica lo que aprendí en mi labor psicoanalítica.

He indicado que cuando presenciamos el empleo, por un niño, de un objeto transicional, la primera posesión no-yo, vemos al mismo tiempo la primera utilización de un símbolo por aquel y su primera experiencia de juego. Una parte esencial de mi formulación de los fenómenos transicionales es la de que convenimos en no preguntar nunca al bebé: *¿creaste este ob-*

jeto, o lo encontraste convenientemente cerca? Es decir, que un rasgo esencial de los fenómenos y objetos transicionales es una cualidad de nuestra actitud cuando los observamos.

El objeto es un símbolo de la unión del bebé y la madre (o parte de esta). Ese símbolo puede ser localizado. Se encuentra en el lugar del espacio y el tiempo en que la madre se halla en la transición de estar (en la mente del bebé) fusionada al niño y ser experimentada como un objeto que debe ser percibido antes que concebido. El uso de un objeto simboliza la unión de dos cosas ahora separadas, bebé y madre, *en el punto del tiempo y el espacio de la iniciación de su estado de separación*.<sup>2</sup>

Desde el comienzo mismo de la consideración de esta idea surge una complicación, pues es preciso postular que si el uso del objeto por el bebé llega a convertirse en algo (o sea, que es más que una actividad que se podría encontrar incluso en un bebé nacido sin cerebro), entonces tiene que existir el comienzo del establecimiento, en la mente del bebé, o en su realidad psíquica personal, de una imagen del objeto. Pero la representación mental del mundo interno se conserva como significativa, o la imago de ese mundo se mantiene viva, gracias al reforzamiento proporcionado por la disponibilidad de la madre exterior, separada y real, junto con su técnica de cuidado del niño.

Quizá valga la pena formular esto de manera que otorgue su debido peso al factor tiempo. El sentimiento de existencia de la madre dura  $x$  minutos. Si la madre se aleja durante más de esos  $x$  minutos, la imago se disipa, y junto con ella cesa la capacidad del bebé para usar el símbolo de la unión. Se muestra angustiado, pero la angustia es *corregida* pronto, porque la madre regresa al cabo de  $x + y$  minutos. En  $x + y$  el bebé no ha tenido tiempo de alterarse. Pero en  $x + y + z$  queda *traumatizado*. En  $x + y + z$  el regreso de la madre no corrige su estado de alteración. El trauma implica que ha experimentado una ruptura en la continuidad de la vida, de modo que las defensas primitivas se organizan para defenderlo contra la repetición de una "ansiedad impensable" o contra el retorno de un estado de confusión aguda que pertenece a la desintegración de la naciente estructura del yo.

Debemos dar por supuesto que la gran mayoría de los bebés

<sup>2</sup> Es necesario simplificar las cosas y hacer referencia al uso de los objetos, pero el título de mi trabajo era *Transitional Objects and Transitional Phenomena* (1951).

jamás experimentan la cantidad  $x + y + z$  de privación. Ello significa que no arrastran consigo, durante toda la vida, el conocimiento, por experiencia de haber estado locos. Aquí la locura significa apenas una *ruptura* de lo que pudiese existir en ese momento en materia de *una continuidad personal de la existencia*. Después de su "recuperación" de la privación de  $x + y + z$ , el bebé tiene que volver a empezar, despojado en forma permanente de la raíz que proporcionaba *continuidad con el comienzo personal*. Ello implica la existencia de un sistema de memoria y de una organización de recuerdos.

Por el contrario, los bebés son constantemente *curados* de los efectos del grado  $x + y + z$  de privación por los mimos localizados de la madre, que enmiendan la estructura del yo. Esta enmienda restablece la capacidad del bebé para usar un símbolo de unión. entonces el niño vuelve a permitir la separación, y aun a beneficiarse con ella. *Este es el lugar que he decidido examinar*, el de la separación que no es tal, sino una forma de unión.<sup>3</sup>

En un punto importante de la fase de desarrollo de estas ideas en mí, a comienzos de la década del 40, Marion Milner (en una conversación) logró transmitirme la enorme significación que puede existir en el juego recíproco de los bordes de dos cortinas, o de la superficie de una jarra colocada frente a otra (cf. Milner, 1969).

Hay que señalar que los fenómenos que describo no tienen culminación. Ello los distingue de los que poseen un respaldo instintivo, en los cuales el elemento orgásmico representa un papel esencial y donde las satisfacciones tienen estrecha vinculación con la culminación.

Pero los fenómenos que poseen realidad en la zona cuya existencia postulo pertenecen a la *experiencia* de la relación con objetos. Se puede pensar en la "electricidad" que parece engendrarse en un contacto significativo o íntimo, y que es una característica, por ejemplo, de dos personas enamoradas. Estos

<sup>3</sup> Merrell Middlemore (1941) vio la infinita riqueza de las técnicas entrelazadas de la pareja de crianza. Se acercó mucho a lo que yo trato de exponer aquí. Existen ricos materiales para observar y disfrutar con ellos, en este terreno de la relación corporal que puede (aunque también puede no) existir entre el bebé y la madre, en especial si cuando efectuamos nuestras observaciones (ya sea de manera directa o en el psicoanálisis) no pensamos solo en términos de erotismo oral con satisfacción o frustración, etcétera.

Véase también Hoffer (1949, 1950).

fenómenos de la zona de juego muestran una infinita variabilidad, y contrastan con la relativa estereotipación de los correspondientes, bien al funcionamiento personal del cuerpo, bien a la realidad ambiental.

Los psicoanalistas que con razón destacaron la importancia de la experiencia instintiva y de las reacciones ante la frustración no lograron formular con la misma claridad o convicción la tremenda intensidad de las experiencias no culminatorias que se denominan juego. Como partimos de la enfermedad psiconeurótica y de las defensas del yo relacionadas con la ansiedad que surge de la vida instintiva, tenemos tendencia a pensar en la salud en términos del estado de las defensas del yo. Decimos que hay salud cuando dichas defensas no son rígidas, etcétera. Pero pocas veces llegamos al punto en que podamos comenzar a describir qué es la vida aparte de la enfermedad o de la falta de ella.

Es decir, que todavía nos queda por encarar el problema de *qué es la vida misma*. Nuestros pacientes psicóticos nos obligan a prestar atención a este tipo de problema básico. Ahora entendemos que no es la satisfacción instintiva lo que hace que un bebé empiece a ser, a sentir que la vida es real, a encontrarla digna de ser vivida. En rigor, la satisfacción del instinto comienza como función parcial, y se convierte en *seducción* si no se basa en una capacidad, bien establecida en la persona, para la experiencia total y para la experiencia en la zona de los fenómenos transicionales. La persona debe ser anterior a su uso del instinto; el jinete debe cabalgar en el caballo, no ser arrastrado por él. Podría utilizar la frase de Buffon: *Le style est l'homme même*. Cuando se habla de un hombre, se habla de él *junto* con la acumulación de sus experiencias culturales. El todo constituye una unidad.

He usado la expresión experiencia cultural como una ampliación de la idea de los fenómenos transicionales y del juego, sin estar seguro de poder definir la palabra "cultura". Por cierto que el acento recae en la experiencia. Al utilizar el vocablo cultura pienso en la tradición heredada. Pienso en algo que está contenido en el acervo común de la humanidad, a lo cual pueden contribuir los individuos y los grupos de personas, y que todos podemos usar *si tenemos algún lugar en que poner lo que encontremos*.

En este aspecto existe una dependencia respecto de ciertos métodos de registro. No cabe duda de que se ha perdido mucho



de lo perteneciente a las primeras civilizaciones, pero se podría decir que en los mitos que constituían un producto de la tradición oral había una acumulación cultural que daba a la cultura humana una extensión de seis mil años. Esta historia a través del mito persiste hoy a pesar de los esfuerzos de los historiadores por ser objetivos, cosa que jamás pueden llegar a ser, aunque deban intentarlo.

Pienso que he dicho lo suficiente para mostrar lo que sé y lo que no sé sobre el significado de la palabra cultura. Pero me interesa, como problema colateral, en hecho de que en campo cultural alguno *es posible ser original, salvo sobre la base de la tradición*. A la inversa, ninguno de los integrantes de la línea de quienes efectuaron aportes a la cultura repite nada, salvo en forma de cita deliberada, y el plagio es el pecado imperdonable en el terreno cultural. Me parece que el juego recíproco entre la originalidad y la aceptación de la tradición como base para la inventiva es un ejemplo más, y muy incitante, del que se desarrolla entre la separación y la unión.

Debo seguir un poco más con el tema, en términos de las primerísimas experiencias del bebé, momento en que nacen las distintas capacidades, posibilitadas ontogenéticamente por la muy sensible adaptación de la madre a las necesidades de su hijo, que tiene como base su identificación con él. (Me refiero a las etapas de crecimiento anteriores a aquella en que el bebé adquiere mecanismos mentales que pronto se encuentran disponibles para la organización de complejas defensas. Y repito: un niño tiene que recorrer cierta distancia desde las primeras experiencias, hasta llegar a la madurez necesaria para ser profundo.)

Esta teoría no afecta lo que hemos llegado a creer con respecto a la etiología de la psiconeurosis o al tratamiento de pacientes psiconeuróticos; ni choca con la teoría estructural de Freud sobre la mente en términos del yo, el ello y el superyó. Lo que digo afecta nuestra concepción de la pregunta: ¿a qué se refiere la vida? Es posible curar al paciente sin conocer lo que lo hace seguir viviendo. Tiene suma importancia para nosotros reconocer con franqueza que la falta de enfermedad psiconeurótica puede ser salud, pero no es vida. Los pacientes psicóticos que constantemente vacilan entre el vivir y el no vivir nos obligan a encarar este problema, que en realidad se refiere, *no a los psiconeuróticos, sino a todos los seres humanos*. Y yo afirmo que los mismos fenómenos que representan la vida y la muerte para nuestros pacientes esquizoides o fronte-

rizos aparecen en nuestras experiencias culturales. Estas son las que aseguran la continuidad en la raza humana, que va más allá de la existencia personal. Doy por sentado que constituyen una continuidad directa del juego, el jugar de quienes aún no han oído hablar de los juegos.

### TESIS PRINCIPAL

He aquí, pues, mi exposición fundamental. Afirmo que:

1. El lugar de ubicación de la experiencia cultural es el *espacio potencial* que existe entre el individuo y el ambiente (al principio el objeto). Lo mismo puede decirse acerca del juego. La experiencia cultural comienza con el vivir creador, cuya primera manifestación es el juego.

2. En cada individuo la utilización de dicho espacio la determinan las *experiencias vitales* que surgen en las primeras etapas de su existencia.

3. Desde el principio el bebé vive experiencias de máxima intensidad en el *espacio potencial que existe entre el objeto subjetivo y el objeto percibido en forma objetiva*, entre las extensiones del yo y el no-yo. Ese espacio se encuentra en el juego recíproco entre el no existir otra cosa que yo y el existir de objetos y fenómenos fuera del control omnipotente.

4. Todos los bebés tienen en dicho espacio sus propias experiencias favorables o desfavorables. La dependencia es máxima. El espacio potencial se da solo *en relación con un sentimiento de confianza* por parte del bebé, es decir, de confianza vinculada con la confiabilidad de la figura materna o de los elementos ambientales, siendo la confianza la prueba de la confiabilidad que comienza a ser introyectada.

5. Para estudiar el juego y después la vida cultural del individuo es preciso examinar el destino del espacio potencial que hay entre un bebé cualquiera y la figura materna humana (y por lo tanto falible), que en esencia es adaptativa debido al amor.

Se advertirá que si se quiere pensar en esta zona como parte de la organización del yo, hay una porción de este que no es un yo corporal, es decir, que no se basa en la pauta del *funcionamiento* del cuerpo, sino en *experiencias corporales*. Estas se refieren a la relación de objeto de tipo no orgásmico, o a lo que

se puede denominar relación del yo, en el lugar en que cabe afirmar que la *continuidad* deja paso a la *contigüidad*.

### CONTINUACION DEL ARGUMENTO

Esta afirmación impone un examen de la suerte que corre ese espacio potencial, que puede llegar o no a destacarse como zona vital en la vida mental de la persona en desarrollo.

¿Qué ocurre cuando la madre consigue pasar a un fracaso graduado en lo que respecta a la adaptación, a partir de una posición de plena adaptación? Este es el centro de la cuestión, y es necesario estudiarlo porque afecta nuestra técnica como analistas, cuando tenemos pacientes que han hecho una regresión, en el sentido de que exhiben dependencia. En la buena experiencia corriente, en este terreno de la manipulación (que empieza tan temprano, y que vuelve a empezar una y otra vez), el bebé encuentra un placer intenso, e incluso angustioso, vinculado con el juego imaginativo. No existe un juego prefijado, de modo que todo es creador, y aunque el jugar forma parte de la relación de objeto, lo que ocurre es personal para el bebé. Todo lo físico se elabora en forma imaginativa, se lo inviste de una calidad de "la primera vez que ocurre". ¿Puedo decir que este es el significado que tiene la palabra "catectado"?

Me doy cuenta de que me encuentro en el territorio del concepto de Fairbairn (1941) sobre la "búsqueda del objeto" (en oposición a la "búsqueda de satisfacción").

Como observadores, advertimos que todo lo que sucede en el juego se ha hecho antes, sentido antes, oído antes, y cuando aparecen símbolos específicos de la unión entre el bebé y la madre (objetos transicionales), dichos objetos fueron adoptados, no creados. Pero *para el bebé* (si la madre ofrece las condiciones correctas) cada uno de los detalles de su vida es un ejemplo de vivir creador. Cada objeto es un objeto "hallado". Si se le ofrece la posibilidad, el bebé empieza a vivir de manera creadora, y a usar objetos reales para mostrarse creativo en y con ellos. Si no se le da esa oportunidad, no existe entonces zona alguna en la cual pueda jugar o tener experiencias culturales; se sigue de ello que no hay vínculos con la herencia cultural y que no se producirá una contribución al acervo cultural.

Como se sabe, el "niño privado" es inquieto e incapaz de

jugar, y posee una capacidad empobrecida para la experiencia en el terreno cultural. Esta observación conduce a un estudio del efecto de la privación en el momento de la pérdida de lo que se ha aceptado como digno de confianza. El examen de los efectos de la pérdida en una de las primeras etapas nos obliga a observar esa zona intermedia o espacio potencial entre el sujeto y el objeto. La falta de confiabilidad o pérdida del objeto significa para el niño la pérdida de la zona de juego, y la del símbolo significativo. En circunstancias favorables el espacio potencial se llena de los productos de la imaginación creadora del bebé. En las desfavorables, falta o es más o menos incierto el uso creador de los objetos. En otro trabajo (Winnicott, 1960a) describí la forma en que aparece la defensa de la falsa persona obediente, con ocultamientos de la verdadera persona que posee la capacidad potencial para el uso creador de objetos.

En casos de fracaso prematuro en lo que respecta a la confiabilidad ambiental existe otro peligro, a saber, que ese espacio potencial sea colmado por lo que inyecta en él alguien que no es el bebé. Parece ser que todo lo que en ese espacio proviene de algún otro es material persecutorio, y el bebé no cuenta con medios para rechazarlo. Los analistas deben cuidar de no crear un sentimiento de confianza y una zona intermedia en la cual puedan desarrollarse juegos y luego inyectar en esa zona, o llenarla de interpretaciones que en rigor provienen de su propia imaginación creadora.

Fred Plaut, un analista de la escuela de Jung, escribió un trabajo (1966) del cual tomo la siguiente cita:

La capacidad para formar imágenes y usarlas de manera constructiva, por recombinación en nuevas figuras, depende —a diferencia de los sueños o fantasías— de la capacidad del individuo para confiar.

En este contexto, la palabra *confiar* muestra una comprensión de lo que quiero decir cuando me refiero al establecimiento de la confianza basada en la experiencia, en el momento de máxima dependencia, antes del goce y empleo de la separación y la independencia.

Sugiero que ha llegado el momento de que la teoría psicoanalítica rinda tributo a esta *tercera zona*, la de la experiencia cultural que es un derivado del juego. Los psicóticos insisten en que lo sepamos, y tiene gran importancia en nuestra valoración de la vida, antes que de la salud de los seres humanos. (Las

otras dos zonas son la realidad psíquica personal o interna, y el mundo real, con el individuo que vive en él.)

## RESUMEN

He intentado llamar la atención hacia la importancia teórica y práctica de la tercera zona, la del juego, que se ensancha en el vivir creador y en toda la vida cultural del hombre. La confronté con nuestra realidad psíquica personal o interna, y con el mundo real en que vive el individuo, y que se puede percibir en forma objetiva. Ubiqué esta importante zona de *experiencia* en el espacio potencial que existe entre el individuo y el ambiente, que al principio une y al mismo tiempo separa al bebé y la madre cuando el amor materno, exhibido o manifestado como confiabilidad humana, otorga en efecto al bebé un sentimiento de confianza en el factor ambiental.

Señalé el hecho de que ese espacio potencial es un factor muy variable (de individuo en individuo), en tanto que las otras dos ubicaciones —la realidad psíquica o personal y el mundo real— son más o menos constantes, siendo la una determinada biológicamente y la otra de propiedad común.

El espacio potencial que existe entre el bebé y la madre, entre el niño y la familia, entre el individuo y la sociedad o el mundo, depende de la experiencia que conduce a confiar. Se lo puede considerar sagrado para el individuo, en el sentido de que allí experimenta este el vivir creador.

Por el contrario, la explotación de esta zona lleva a una condición patológica en que el individuo es confundido por elementos persecutorios que no posee medios para eliminar.

Quizá se advierta, entonces, cuán importante puede resultar para el analista reconocer la existencia de ese lugar, el único en que puede iniciarse el juego, un lugar que se encuentra en el momento de continuidad-contigüidad, en el cual se originan los fenómenos transicionales.

Abrigo la esperanza de haber empezado a responder a mi propia pregunta: ¿dónde está ubicada la experiencia cultural?

## EL LUGAR EN QUE VIVIMOS<sup>1</sup>

Deseo ahora examinar el lugar —y uso la palabra en sentido abstracto— en que nos encontramos durante la mayor parte del tiempo cuando experimentamos el vivir.

Mediante el lenguaje que empleamos mostramos nuestro interés natural por este tema. Puede que yo esté *en* un embrollo, y entonces me arrastro fuera de él o trato de poner en orden las cosas de manera de poder, al menos por un tiempo, saber *dónde estoy*. O quizá sienta que me encuentro perdido *en el mar*, y trazo mi rumbo para poder llegar a puerto (a cualquier puerto en una tormenta), y cuando piso tierra firme busco una casa construida *sobre rocas*, antes que en la arena; y en mi propio hogar, que (por ser yo inglés) es mi castillo, me hallo *en el séptimo cielo*.

Sin forzar el lenguaje de uso cotidiano, me es posible hablar de mi conducta en el mundo de la realidad exterior (o compartida), o tener una experiencia interior o mística, a la vez que me acuchillo en el suelo, mirándome el ombligo.

Quizá constituya un empleo moderno de la palabra interior su uso para referirse a la realidad psíquica, para afirmar que existe un interior en que aumenta la riqueza personal (o aparece la pobreza) a medida que progresamos en crecimiento emocional y en establecimiento de la personalidad.

He aquí, entonces, dos lugares, el interior y el exterior del individuo. ¿Pero eso es todo?

Cuando se considera la vida de los seres humanos hay quie-

<sup>1</sup> Esta es una reformulación del tema del capítulo anterior, escrita para un público distinto.